

El camarón Gervacio

En las profundidades del mar, bueno, no tan profundo, habita un camarón mantis llamado Gervacio. A diferencia de los humanos, que solo ven el rojo, verde y azul en muy variadas mezclas, la especie de Gervacio logra distinguir 12 colores en los arrecifes de coral que visita cerquita del mar Caribe. Su historia comienza el día que su cielo se convirtió en negro.

En una mañana fresca de verano, aunque no tan fresca como en décadas otroras, Gervacio andaba por su barrio, ubicado en los arrecifes de coral en las costas de *Puerto Lico*. Andando entre la arena y unas cuantas rocas que lo cubrían de la corriente ecuatorial del norte, se encontró con su vecino Paulinho, un cangrejo ermitaño de colores distintivos procedente de las costas de Brasil. En otras circunstancias, él hubiera sido su presa, destrozando su caparazón con el fuerte golpe de sus tenazas, mismo que caracteriza a la especie de Gervacio, pero en esta ocasión, Paulinho se resguardaba con una taparrosca de refresco, hecho de un plástico que lo protege, una moda que ve incrementar más y más en muchos crustáceos, y complicando así continuar con la red trófica a la que ambos pertenecen, y resignados a ser vecinos mientras las mareas los reubican.

Gervacio continuó su camino por debajo de corales ya sin vida, siendo difícil distinguir algo que poder comer entre los escasos habitantes que ya no se acercan a esos yermos salinos. Distinguiendo de entre las aguas más arriba, a peces de mayor tamaño siendo dispersados y cazados por una parvada de albatros, que aprovechan sus impermeables plumajes para sumergirse y pescar de lo que hay con su pico amarillo y de otros colores que los humanos no podemos ver, seguidos de una burbujeante traza que deja su inmersión a alta velocidad. Tres de estas aves bajan al unísono de golpe, arremolinando las cercanías de estos animales; una logra tomar un pez con su pico, la segunda toma una bolsa de plástico y la última enreda su pico con los restos de una red. Algo que no le sorprende a Gervacio, ya que esas aves son muy rápidas pero muy despistadas.

Es aquí cuando todo se va oscureciendo en cuestión de segundos, el habitual horario de luz solar que le refleja toda la información de su entorno poco a poco se va perdiendo. Gervacio no entiende lo que pasa y eso que se considera un crustáceo muy astuto. Poco a poco el brillo que muestra el plancton de la superficie que se ve desde abajo y el bullicio que generan al respirar va desapareciendo a la lejanía. Los peces que nadan profundo se alejan asustados, sospechando el acecho de un depredador, mientras los que van más a la superficie suben sin detenerse, presas de un hipnotismo que los deja inmóviles y absorbidos por esa misma oscuridad.

Todo se vuelve en un silencio que nunca había sentido. Las aves de las que siempre se resguardaba al escuchar el traqueteo y las zambullidas de su tranquila pesca, ahora se sustituyeron por los aullidos constantes que reflejan desesperación y miedo entre esa negrura. A lo lejos distingue los colores clásicos de una desorientada ballena azul, que brinca y se azota sobre esa mancha negra, violentando las aguas y dispersando ese líquido aceitoso, regandolo ahora no solo por la superficie, sino también a las profundidades, proyectando a los peces envenenados. Gervacio intentó nadar para alejarse y una de esas aves con aleteos frenéticos por su ceguera y el plumaje apelmazado, logró zambullirse cerca de él, colocando un tremendo gancho que le empapó, perdiendo tres de sus seis pupilas. El color para Gervacio, en su hogar, se había ido, y le quedó claro que si continuaba ahí, poco a poco sus ojos dejarían de ver, el color se iría en el escaso tiempo que le restaba de vida. Fue entonces que una corriente marina lo arrastró lejos mientras iba a la deriva tratando de limpiar sus ojos. Fue entonces que le cruzaron dos preguntas por la cabeza. ¿Cuánto tiempo pasará antes de volver a encontrarse con esa mancha que solo mata a los habitantes del mar? ¿Qué pasará cuando todos los colores de la vida en el océano se extingan?